

## CONCLUSIÓN

La literatura dentro de la escuela tiene un papel muy importante como medio de transmisión de valores y de cultura. A través del estudio de los clásicos los alumnos conocen las bases del pensamiento occidental y tienen acceso a un discurso común. La cultura, entendida como la configuración de pautas de conducta y entendimiento sobre el significado, valor de las cosas, ideas o emociones ayuda a los alumnos a convertirse, a manera de los griegos, en ciudadanos. Para la educación liberal, la literatura se convierte en el lenguaje de la cultura nacional porque es a través de ella que el hombre se vuelve mejor ciudadano; no porque se deje manipular por el Estado, sino porque tiene una idea más clara de lo que significa ser argentino, alemán, mexicano o español. La literatura se convierte en la prueba escrita de una actividad espiritual que va más allá de las operaciones mecánicas de la vida material. Es el paso intermedio del hombre como bestia al hombre máquina, al que temían principalmente durante el siglo XIX, con la revolución industrial, y que pone todos sus esfuerzos en actividades prácticas. Este paso intermedio, que se logra a través de una educación estética, da como resultado el hombre culto y civilizado.

El estudiar los clásicos en la escuela, además de ayudar en la formación de valores, la transmisión de la cultura y en la definición de espacios de significado sociales, da a los alumnos herramientas para hacer juicios estéticos más completos. Leer los clásicos hace a los lectores más exigentes. Los textos canónicos son aquellos que han logrado distinguirse entre los más, proponiendo cosas originales y re-creando las tradiciones literarias a las que se deben y sobre todo influyendo en la manera en que se

lee y se crea después de ellos. Las influencias que ejercen sobre otras obras, y la manera en que rompen con lo escrito hasta ese momento, los hacen instrumentos necesarios no nada más para entender y evaluar mejor a la literatura, sino para conocer las bases filosóficas, sociológicas o artísticas en las cuales descansa la civilización occidental.

Así, una obra de arte es canónica no porque institucionalmente se le considere la mejor, sino porque a través del tiempo, legitimizada por los lectores de esta y otras épocas, ha logrado subsistir por su belleza, innovación y valor estético. Una obra que entra al canon es comparada con las obras ya consagradas; no se compara por lo tanto con las obras contemporáneas o con las de su misma escuela o tradición, sino con aquellas que son consideradas las mejores de toda la historia occidental.

Leer textos fáciles, escogidos sólo como supuestos medios para acercar a los alumnos a la literatura, sólo los prepara para leer textos fáciles. Si no hay tiempo suficiente, como indudablemente no lo hay dentro de la escuela, se deben de leer a los mejores, a los que con certeza, avalados por una tradición literaria y por la influencia que han tenido sobre millares de lectores a través de la historia, se les considera los mejores; aquellos textos que, además de ser las creaciones artísticas más bellas de la humanidad, son también emblemas políticos y culturales dotando así a los alumnos de un discurso común.

Las obras canónicas son ante todo literatura, y la literatura no es solamente la descripción o las reacciones ante un movimiento político, un período histórico o una ideología, no es tampoco solamente una experiencia estética o un panfleto moralista. La

literatura combina y transmite todas estas emociones, habla sobre valores y sentimientos humanos, y obviamente promueve una manera de ver y vivir la vida, pero las obras no son canónicas porque presenten los valores más deseables o porque justifiquen y avalen prácticas sociales determinadas, sino por su valor estético e innovador. Es verdad que las obras canónicas poseen, desde la antigüedad, autoridad, y es utilizando esta autoridad que se justifica a la literatura como promotora de ciertos valores deseables, tanto para el desarrollo personal como civilizatorio. Sin embargo, una obra pertenece al canon porque logró *conmover e involucrar* al lector en un diálogo con los valores que propugna. La literatura no se puede diseccionar buscándole sentido y valor a través de sus partes y no como un todo. Por ejemplo, la experiencia estética también implica una experiencia social, pues relaciona los códigos de valores propuestos por la obra y por el lector, además de *conmoverlo*.

La literatura también divierte, y esta es otra de las razones por las que se lee dentro de la escuela. Sin embargo la lectura no es un placer fácil. El papel de otros medios masivos de comunicación ha trasladado a otros niveles el entretenimiento que la literatura puede ofrecer. Entender, involucrarse y *conmoverse* con un texto requiere de compromiso y sensibilidad literaria. La literatura como entretenimiento dentro de la escuela a veces se utiliza como un concepto vago, cuando cualquier entretenimiento basado en una actividad intelectual sugiere cierta preparación y esfuerzo. Dar un texto difícil a un alumno y pretender que lo entienda y lo disfrute aún sin comprender bien las palabras que en él vienen, es querer hacerlo sentir que está aprendiendo algo, cuando realmente no está más que recordando datos o aprobando una asignatura.

En esta tesis concluyo que la educación es un proceso de comprensión, de desarrollo personal y civilizatorio. Y enseñar literatura es enseñar a ver, a escuchar, a sentir, enseñar a leer de otra manera; es decir, alejar a los alumnos de sus prejuicios y de sus propias limitaciones y acercarlos a aprender algo nuevo. Así, como dije en mi tercer capítulo, la escuela busca educar (*ex+ducere*) guiando hacia fuera, tratando de sacar a los alumnos de su subjetividad, individualidad, y llevarlos lejos de sí mismos, hacia la objetividad del conocimiento compartido y universal. La lectura por sí misma no es un bien, se convierte en un bien, en conocimiento, cuando se le comprende y discute, cuando vuelve a ser parte de una acción social y de un diálogo que enriquece. La lectura, que es ante todo un acto privado, deja de serlo dentro del salón de clases. En el salón de clases el lector aprende de los demás lectores, profesora y compañeros, y disfruta un libro en compañía. Dentro de la escuela la literatura se convierte en una actividad social.

Sin embargo, existe un distanciamiento hacia los libros que es extrínseco y está íntimamente relacionado con el acto social de leer. Leer puede ser interpretado como un acto político. Fuera de lo que diga o no diga un texto determinado y de las razones por las que se lea, leer en sí determina una posición ante la vida. La desconfianza, los prejuicios, las presiones sociales pueden alejar a los alumnos de la literatura y hacer la enseñanza de la misma mucho más difícil.

El lenguaje escrito puede parecer a los alumnos propio de otra clase social o de un universo distinto o extraño del que ellos conocen o valoran. Ciertas circunstancias de

marginación u opresión pueden hacer que se sientan excluidos de lo que el lenguaje escrito representa. O al revés, que leyendo, se sientan excluidos de la comunidad que los cobija. Sin duda, no es únicamente el texto el que ofrece dificultades, la mayor parte de éstas, creo, vienen en el acto social de la lectura. El alumno tiene ciertos prejuicios o expectativas de la literatura en sí, de los libros y del acto mismo de leer, sobre todo cuando la lectura se da en un ambiente público, como es la escuela. Además, el alumno que lee se encuentra, sin quererlo, tomando una posición ante el mundo y ante los demás. Aunado a esto, el espacio, el tiempo, las demás asignaturas, la competencia docente, la preparación previa de los alumnos, son otros factores que deben de tomarse también en cuenta cuando se quiere enseñar literatura. y así, aún cuando estos factores estén fuera de la novela, permean la capacidad de los alumnos de acercarse de manera más comprometida y profunda a la novela que leen.

Enseñar a leer no es basar los juicios y las lecturas de los alumnos en sus experiencias, es todo lo contrario, es enseñarlos a acallar sus experiencias y sus prejuicios para escuchar la palabra del autor. Identificar demasiado al alumno con lo que lee, sin darle ningún reto para que se salga de su vida, es impedir a la literatura que lo transforme. Además, el potencial de una obra literaria para agradar y transformar a sus lectores está en la obra literaria, no en la formación y personalidad de quien la lee. Más que apoyarse en las experiencias previas o en las expectativas de los alumnos, lo prioritario para la enseñanza de la literatura debería de ser la competencia literaria. Es decir, fomentar la sensibilidad literaria y la receptividad, dar herramientas e información que ayude a entender mejor la obra para realizar juicios analíticos más completos y ayudarlos a

escuchar mejor las palabras del autor. Esto no significa que las emociones causadas por la obra deban de suprimirse por completo de las reflexiones que se den dentro de la escuela. La literatura trata de emociones humanas; quitar de las reacciones de los lectores-alumnos el carácter emocional de la literatura distorsiona su propósito primero. Adoptar una actitud distante y erudita, en lugar de honesta y humilde ante la obra literaria, no crea juicios mejores, sino que vuelve a la literatura una disciplina fría e incompleta. El objetivismo puro en la literatura no es posible, ya que sólo existen comentarios pertinentes y agudos que ayudan a elucidar y a enriquecer las lecturas. Pero también, el subjetivismo puro anula la función de la enseñanza de la literatura. Si todo se basara en opiniones y experiencias personales, un alumno nunca se desarrollaría y crecería como lector, simplemente cambiaría de opinión y gusto.

En mi trabajo de tesis opté por hacer una propuesta para una unidad de un libro de texto dedicada al *Quijote* porque creo que la escuela, al transmitir valores y hábitos, tiene la capacidad también de inculcar el gusto por la lectura. Aún más, los libros de texto son una manera mucho más fácil y rápida de apoyar la labor docente y de acercar a los estudiantes a la literatura. Los libros de texto son corregidos y editados, por lo que los comentarios que tienen, los fragmentos que eligen, son mucho más planeados y controlados que otros aspectos de la educación pública.

El *Quijote* es una de las obras más importantes de la cultura hispanoamericana y de la literatura universal; es un libro canónico que forma parte del programa oficial de la SEP para los alumnos de tercero de secundaria, último año de la educación obligatoria y

última oportunidad que muchos jóvenes mexicanos tendrán de leer la obra y adquirir aunque sea fragmentos de la misma de manera gratuita. El leer el *Quijote* da a los alumnos los privilegios que el leer una obra canónica trae consigo y de los que he hablado a lo largo de la tesis y en esta conclusión.

Leer el *Quijote* permite a los alumnos estudiar sobre personajes radicalmente distintos a los que se creaban antes de Cervantes y que a la vez han influido en la literatura posterior. Los personajes de Cervantes son independientes, se conocen como literarios, pero se reconocen como reales. Leer el *Quijote* es leer además un libro joven escrito por un viejo, que narra la historia de personajes que se definen en una lucha constante entre fantasías y realidades, entre su individualidad y la sociedad que los rodea. Los obstáculos que se les presentan son los obstáculos que se le presentan también a un joven, que se sabe dependiente, vulnerable y soñador y se siente independiente, libre y capaz de ejecutar sus sueños muchas veces mejor que los adultos que lo controlan.

Los libros de texto sin embargo presentan una interpretación particular del *Quijote*. Esto es inevitable por el simple hecho de que escogen ciertos capítulos o fragmentos sobre otros. Además, las actividades, los cuestionarios y los comentarios que dan suelen hablar sobre una manera particular de entender la obra. Creo que es importante abrir ventanas en la presentación de la obra, es decir, tratar de hacer más comprensible la lectura del *Quijote* a través de distintos ángulos. Sin embargo, por razones de tiempo y espacio, lo prioritario es concentrarse en los capítulos que se asignan. La información extra, los pies de página, las actividades y reflexiones son

mucho más provechosas cuando guían y ayudan a leer mejor lo que se está leyendo, y no la idea o la imagen que el libro de texto puede dar de la totalidad de la obra. Lo más importante, creo, es centrar todas las energías en los fragmentos, tratar de explicarlos mejor, proporcionar a los alumnos información y herramientas que los ayuden a comprenderlos mejor y más críticamente. Así, las interpretaciones que se den tienen que salir de la obra hacia fuera, no de fuera hacia la obra. Como dije en mi último capítulo, creo que es importante que los fragmentos intenten alcanzar dos metas principales: acercar e interesar a algunos alumnos a la obra sin dejar a los otros sin la oportunidad de conocer, aunque sea superficialmente, la obra y las razones por las que es considerada uno de los pilares de la literatura canónica.